

(Dice este al irse:)— ¡A pensar!
 (Y aquel murmura:)— ¡A sentir!
 (Uno:)— ¡A reir! ¡A reir!
 (Y otro:)— ¡A llorar! ¡A llorar!

(Resumen:— ¿Qué es el vivir?
 — SENTIR, uno. Otro:— CREER.
 Este:— CREER Y SABER.
 Y aquel:— NI CREER NI SENTIR.)

¿Qué es el mundo?— Lo que vemos.
 ¿Y el saber?— Lo que se ignora.

Y ¿qué es Dios?— Lo que se adora.
 ¿Y virtud?— Lo que queremos.

Y aunque más el pueblo alcanza
 con su VIRTUD-ARMONÍA,
 con su FE-SABIDURÍA
 y con su DIOS-ESPERANZA,

Los sabios al escuchar,
 ignora el pueblo qué hacer,
 si ha de dudar ó creer
 si ha de reir ó llorar.)



DOLORAS

TERCERA PARTE

LXVII

LA VERDAD Y LAS MENTIRAS

A FERNANDO ÁLVAREZ Y GUIJARRO

Cuando por todo consuelo,
 un sacerdote, al nacer,
 nos dice en nombre del cielo:
 — Polvo es, y polvo ha de ser, —

Dicen, en coro armonioso,
 el pecho de gozo lleno,
 la nodriza:— Será hermoso;—
 y la madre:— ¡Será bueno!—

Y luego, allá en lontananza,
 gritan en acorde son:
 — ¡Será feliz!— la esperanza;
 y — ¡será rey!— la ambición.

Y yendo el tiempo y viniendo,
 aquí, lo mismo que allá,

la religión va diciendo:
 — ¡Polvo es, y polvo será!—

Con vanidad y codicia,
 dicen, sin reir jamás:
 — ¡Será un Cresol— la avaricia;
 y el orgullo:— ¡Será más!—

Y exclaman con fiero acento
 de todo saber en pos:
 — ¡Será Homero!— el sentimiento;
 y la razón:— ¡Será Dios!—

Y en tanto la religión,
 al morir, como al nacer,
 repite:— No hay remisión;
 ¡polvo es, y polvo ha de ser!—

LXVIII

LA AMBICIÓN

A un monte una vez subí,
 y de cansado me eché;
 mas luego que lo bajé,
 de confiado caí.

¡Déjame, ambición, aquí
 hasta morir descansando!
 ¿Qué ganaré ambicionando,
 si cuanto más suba, entiendo
 que me he de cansar subiendo,
 y me he de caer bajando?

LXIX

LOS GRANDES HOMBRES

De Yuste en el santuario,
Carlos Quinto, Emperador,
valientemente al calvario
subiendo de su dolor,

Ver su entierro determina,
cual resuelto capitán,
doblado como la encina
rota por el huracán.

Ya en el ataúd metido
como en lecho sepulcral,
cayó cual león herido
que lleva el dardo mortal.

Y al tiempo en que se cayó,
mirándole de hito en hito
una vieja murmuró:
— ¡Qué feo y qué viejecito! —

Y cuando la multitud
cree que el grande Emperador
está, más que en su ataúd,
sepultado en su dolor,

Él, frunciendo el entrecejo,
y fijo en tan vana idea,
dice: — ¡Que soy feo y viejo?
¡Ella sí que es vieja y fea! —

¿Qué le importará al cuitado
más bello ó más joven ser,
si esas cosas ya han pasado
para nunca más volver?

Del *Dies iræ* el rumor
ya consternaba el ambiente,
y aun dice el Emperador:
— ¡Habrà vieja impertinente! —

Mientras el canto bosqueja
todo el horror de aquel día,
al Rey la voz de la vieja
el corazón le roía.

Y es cosa particular,
no pueda un varón tan fuerte
una burla despreciar,
él, que desprecia la muerte.

Don Carlos siente iracundo
el corazón hecho trizas,
y el canto prosigue: — ¡El mundo
se convertirá en cenizas! —

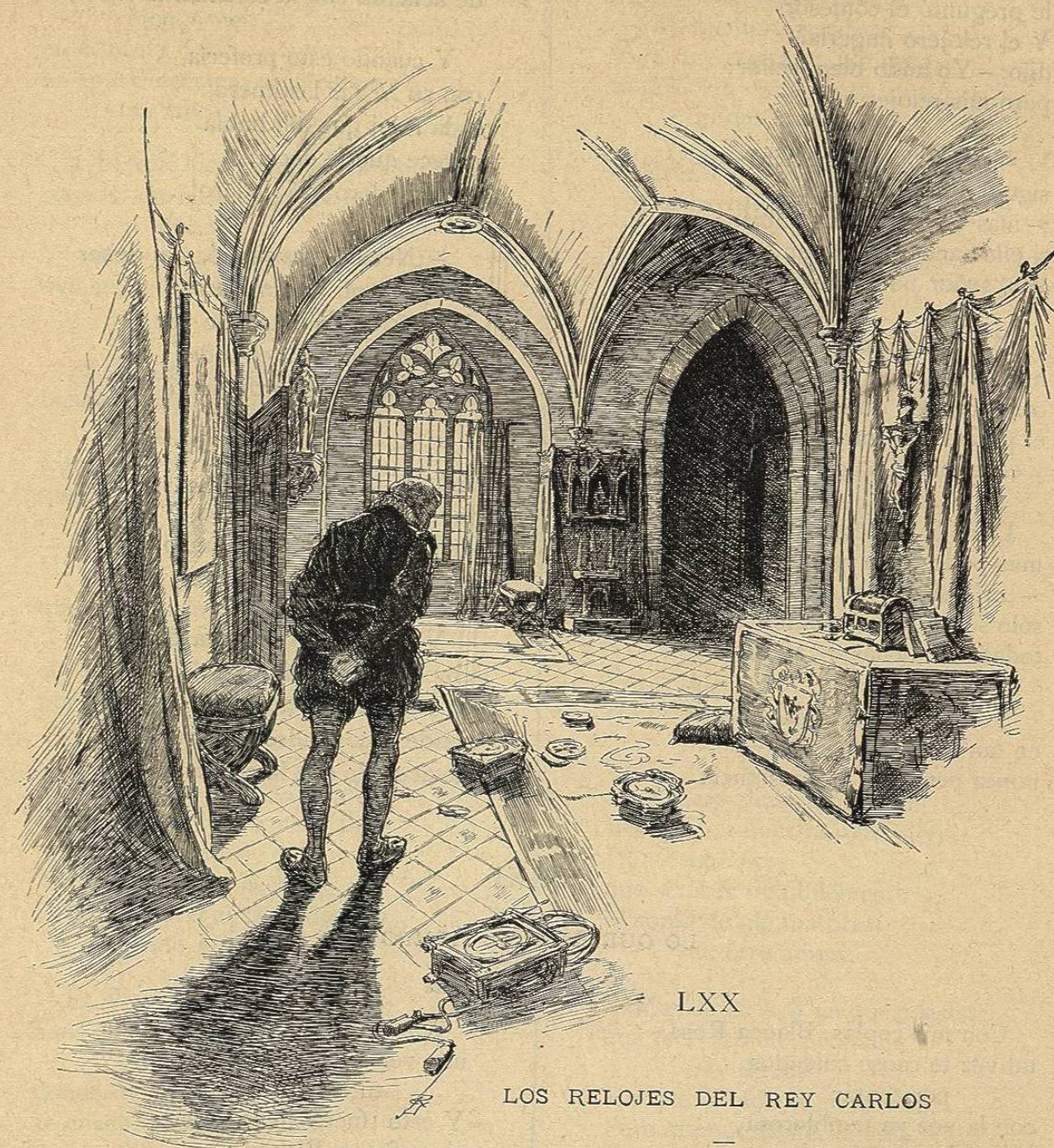
La vieja, del funeral
oye entretanto el solfeo,
como diciendo: — Sí tal,
muy viejecito y muy feo. —

Y airado su Majestad
sigue: — ¡Bruja del infierno! —
y el canto: — ¡Por tu bondad
librame del fuego eterno! —

Calla el coro; alza el semblante
pálido el Emperador,
surgiendo allí semejante
á la estatua del dolor;

Y cuando el monje imperial
vuelve á su celda apartada,
mostrando algo de fatal
en su frente devastada,

Por todo su ser refleja
santa humildad, puro amor;
tan sólo miró á la vieja
con humos de Emperador.



LXX

LOS RELOJES DEL REY CARLOS

Carlos Quinto, el esforzado,
se encuentra asaz divertido
de cien relojes rodeado,
cuando va, en Yuste olvidado,
hacia el reino del olvido.

Los ve delante y detrás
con ojos de encanto llenos,
y los hace ir á compás,
ni minuto más ni menos,
ni instante menos ni más.

Si un reloj se adelantaba,
el imperial relojero
con avidez lo paraba,
y al retrasarlo exclamaba:
— Más espacio, ¡majadero! —

Si otro se atrasa un instante,
va, lo coge, lo revisa,
y aligerando el volante,
grita: — ¡Adelante, adelante,
majadero, más aprisa! —

Y entrando un día, — ¿Qué tal? —
le preguntó el confesor.
Y el relojero imperial
dijo: — Yo ando bien, señor;
pero mis relojes mal.

— Recibid mi parabién, —
siguió el noble confidente;
— mas yo creo que también,
si ellos andan malamente,
vos, señor, no andáis muy bien.

¿No fuera una ocupación
más digna, unir con paciencia
otros relojes, que son,
el primero el corazón,
y el segundo la conciencia? —

Dudó el Rey cortos momentos,
mas pudo al fin responder:
— ¡Sí! más ó menos sangrientos,
sólo son remordimientos
todas mis dichas de ayer.

Yo, que agoto la paciencia
en tan necia ocupación,
nunca pensé en mi existencia

en poner el corazón
de acuerdo con la conciencia.

Y cuando esto profería,
con su *tic-tac* lastimero,
cada reloj que allí había
parece que le decía:
— ¡Majadero! ¡Majadero!...

— ¡Necio! — prosiguió, — al deber
debí unir mi sentimiento,
después, si no antes, de ver
que es una carga el poder,
la gloria un remordimiento. —

Y los relojes sin duelo
tirando de diez en diez,
tuvo por fin el consuelo
de ponerlos contra el suelo
de acuerdo una sola vez.

Y añadió: — Tenéis razón:
empleando mi paciencia
en más santa ocupación,
desde hoy pondré el corazón
de acuerdo con la conciencia.

LXXI

LO QUE HACE EL TIEMPO

A BLANCA ROSA DE OSMA

Con mis coplas, Blanca Rosa,
tal vez te cause cuidados,
por cantar
con la voz ya temblorosa,
y los ojos ya cansados
de llorar.

Hoy para tí sólo hay glorias,
y danzas y flores bellas;
mas después,
se alzarán tristes memorias,
hasta de las mismas huellas
de tus pies.

En tus fiestas seductoras,
¿no oyes del alma en lo interno
un rumor,
que lúgubre á todas horas,
nos dice que no es eterno
nuestro amor?

¡Cuánto á creer se resiste
una verdad tan odiosa
tu bondad!
Y esto ¡fuera menos triste,
si no fuera, Blanca Rosa,
tan verdad!

Te aseguro, como amigo,
que es muy raro, y no te extrañe,
amar bien:
siento decir lo que digo;
pero, ¿quieres que te engañe
yo también?

Pasa un viento arrebatado,
viene amor, y á dos en uno
funde Dios;
sopla el desamor helado,
y vuelve á hacer, importuno,
de uno, dos.

Que amor, de egoísmo lleno,
á su gusto se acomoda
bien y mal;
en él hasta herir es bueno,
se ama ó no ama, aquí esta toda
su moral.

¡Oh! ¡qué bien cumple el amante,
cuando aun tiene la inocencia,
su deber!
Y ¡cómo, más adelante,
aviene con su conciencia
su placer!

¿Y es culpable el que, sediento,
buscando va en nuevos lazos
otro amor?
¡Sí! culpable como el viento
que, al pasar, hace pedazos
una flor.

¿Verdad que es abominable
que el corazón vagabundo
mude así,
sin ser por ello culpable,
porque esto pasa en el mundo
porque sí?

Se ama una vez sin medida,
y aun se vuelve amar sin tino
más de dos.
Cuán versátil es la vida!
¡Cuán vano es nuestro destino,
Santo Dios!

Él lleve tu labio ayuno
á algún manantial querido
de placer,
donde dichosa, ninguno
te enseñe nunca el olvido
del deber.

Siempre el destino inconstante
nos da cual vil usurero
su favor:
da amor primero y no amante;
después mucho amante, pero
poco amor.

Tranquila á veces reposa,
y otras se marcha volando
nuestra fe.
Y esto pasa, Blanca Rosa,
sin saber cómo, ni cuándo,
ni por qué.

Nunca es estable el deseo,
ni he visto jamás terneza
siempre igual.
Y ¿á qué negarlo? No creo
ni del bien en la fijeza,
ni del mal.

Este ir y venir sin tasa,
y este moverse impaciente,
pasa así,
porque así ha pasado y pasa,
porque sí, y ¡ay! solamente
porque sí.

¡Cuán inútil es que huyamos
de los fáciles amores
con horror,
si cuanto más las pisamos,
más nos embriagan las flores
con su olor!

El cielo sin duda envía
la lucha á la tormentosa
juventud;
pues, ¿qué mérito tendría
sin esfuerzos, Blanca Rosa,
la virtud?

¡Ay! un alma inteligente,
siempre en nuestra alma divisa
una flor,
que se abre infaliblemente
al soplo de alguna brisa
de otro amor.

Mas dirás: — ¿Y en qué consiste
que todo á mudar convida? —
¡Ay de mí!
En que la vida es muy triste...
Pero aunque triste, la vida
es así.

Y si no es amor el vaso
donde el sobrante se vierte
del dolor,
pregunto yo: — ¿Es digno acaso
de ocuparnos vida y muerte
tal amor? —

Nunca sepas, Blanca Rosa,
que es la dicha una locura,
cual yo sé;
si quieres ser venturosa,
ten mucha fe en la ventura,
mucha fe.